

# Lo peor es el amor

*Augusto Godachevich*

*(nueve obras breves y una adaptación)*

—No sos vos...  
—Convengamos  
—Agradecimientos desencontrados  
—Esas cosas no se dicen  
—Algo interesante  
—Estoy soñando... ¿no?  
—Lo peor es el amor  
—¿Usaba casco?  
—No funciona

—¿Qué es un Montesco?  
*(Adaptación blasfema, para cuatro actrices,  
de “La tragedia de Romeo y Julieta”  
de William Shakespeare)*

Augusto Godachevich 2009

No sos vos...

Álvaro

Belén

Álvaro —No sos vos, soy yo.

Belén —Siempre sos vos.

Álvaro —A veces no.

Belén —Mentira.

Álvaro —Creo que a veces no soy yo.

Belén —Eso es mentira, lo sabés muy bien.

Álvaro —(Piensa) Sí, tenés razón, es mentira. Siempre soy yo.

Belén —Y claro. Era hora de que lo reconozcas.

Álvaro —¿Hace mucho que estabas esperando que lo reconozca?

Belén —Un par de meses.

Álvaro —Bueno, ya estarás feliz.

Belén —No, para nada.

Álvaro —Pero por lo menos di un paso.

Belén —Uno de tres millones.

Álvaro —¿Preferirías que no dé ninguno?

Belén —Preferiría que directamente des un salto que valga por varios pasos.

Álvaro —¿Por cuántos aproximadamente?

Belén —No sé... Por lo menos cincuenta pasos.

Álvaro —Bueno, lo intentaré para la próxima.

Belén —Ése es uno de tus principales problemas. Siempre estás intentando y nunca estás haciendo.

Álvaro —Ahora estoy haciendo algo: Estoy reconociendo.

Belén —¿Qué cosa?

Álvaro —Que no sos vos, que soy yo.

Belén —Bueno, algo es algo. ¿Tan grande es el cambio?

Álvaro —Sí. No sé qué me pasó, pero no puedo fabricar más amor. Algo se rompió.

Belén —El amor nace, no se fabrica.

Álvaro —¿Y quiénes son los padres del amor cuando nace?

Belén —En este caso, vos y yo, obvio.

Álvaro —Pero es que... ya no tu puedo amar más.

Belén —Cobarde.

Álvaro —¿Por qué me decís así?

Belén —¿Primero tenés un hijo y después no lo querés reconocer? ¿No te da vergüenza?

Álvaro —Pero...

Belén —Dejá, no te preocupes. Me hago cargo yo.

Álvaro —No hagas eso. Tenés que dejar de amarme. Aunque sea muy de a poco...

Belén —¿Qué decís? ¡Inconsciente! ¿No te das cuenta que, si te dejo de amar nuestro, hijo se va a morir?

Álvaro —¿Qué hijo? ¡Si no tenemos hijos!

Belén —Estoy hablando del amor que nos nació, pelotudo.

Álvaro —Ah...

Belén —Antes de verlo morir, prefiero que sea un hijo de madre soltera.

Álvaro —Vos sabés que a mí me gustaría reconocerlo, y darle mi apellido, pero...yo ya no te amo, Estefanía.

Belén —Yo no te necesito. No necesito de un tipo que no puede hacerse cargo de nada.

Álvaro —¿De qué querés que me haga cargo, ahora?

Belén —De tu amor.

Álvaro —Pero es que... mi amor ya no existe, no está más, no lo puedo fabricar más, no lo puedo hacer más..., ya no me nace... se fue...

Belén —Lo habrás asustado.

Álvaro —¿Cómo lo voy a asustar? ¿Qué decís?

Belén —Yo que sé. Con vos nunca se sabe.

Álvaro —Bien sabés que, el amor, por su propia naturaleza, entra y sale de nuestros corazones sin permiso, sin autorización, y sin ningún tipo de pasaporte. ¡El amor es una mierda! Creo que no me voy a enamorar nunca más.

Belén —Tampoco digas eso...

Álvaro —El amor te ata, te esclaviza. Cuando uno ama, y es correspondido en ese amor, está frito.

Belén —Yo no me arrepiento de nada, y menos del amor.

Álvaro —Yo tampoco me arrepiento, porque si no hubiese pasado por esto, no sabría lo que ahora sé: “Nunca más quiero pasar por esto”.

Belén —¿Y qué vas a hacer?

Álvaro —Vivir mi vida sin ataduras. Estaba pensando en enamorarme de mi mismo. Creo que es lo más sano que un ser humano pude hacer.

Belén —Pero estarías atado a vos mismo.

Álvaro —Estoy atado a mí mismo de todas formas, me ame o no.

Belén —Según como lo quieras ver.

Álvaro —Lo veo como lo puedo ver.

Belén —Si te parece bien... aborto.

Álvaro —(Silencio). Sí, me parece bien.

Belén —Me imaginé que ibas a decir eso.

Álvaro —¿Y qué querés que te diga? No quiero que sufras.

Belén —Ya te dije que voy a ser una madre soltera.

Álvaro —¿Y para qué me hablás de abortar?

Belén —Quería ver si me decías lo que pensaba que me ibas a decir... Y lo dijiste no más.

Álvaro — (Silencio). ¿Cómo se aborta un amor?

Belén —No sé... Debe ser, como arrancarse el feto más hermoso y doloroso del mundo, a través de una aurícula, o de un ventrículo.

Álvaro —¿Y con qué se podría arrancar?

Belén —No sé. Quizá si lloro durante mucho tiempo, y con muchas, pero muchas ganas, pueda abortarlo. El otro día me hice una ecografía... (Metiendo la mano en la cartera). ¿Querés verla?

Álvaro —No.

Belén —Bueno.

Álvaro —No te ofendas, pero no puedo.

Belén —No me ofendo.

Álvaro —Sería muy doloroso para mí.

Belén —Claro...

Álvaro —Gracias.

Belén —¿Por qué?

Álvaro —Por comprender.

Belén —De nada.

Álvaro —¿Se parece a mí?

Belén —¿El amor?

Álvaro —Sí.

Belén —Claro, vos lo pusiste ahí.

Álvaro —¿Cuándo?

Belén —Ya no me acuerdo. Pasaron tantos años... Creo que fue una noche de invierno cenando en lo de Federico.

Álvaro —Sí, creo que ahí fue cuando te mire así por primera vez... No lo podía creer.

Belén —Creo que ese día empezó a gestarse el amor.

Álvaro —¿Qué melancolía!

Belén —¿Melancolía y amor?

Álvaro —No, tan sólo melancolía.

Belén —¿Cómo es no amarme más?

Álvaro —Es horrible. Siento como si me hubiera dado cuenta, muy de a poco, que el amor engañó todos mis sentidos durante años. Siento que estuve mirando a alguien de un modo equivocado. (Silencio. Pensando).

Belén —¿Qué ves ahora cuando me ves?

Álvaro —(Él la mira). Siento que tan sólo sos un ser humano.

Belén —Siempre fui solamente un ser humano.

Álvaro —Para mí no. Para mí eras la mujer más hermosa del mundo. Eras una diosa para mí.

Belén —¿Y qué es ser sólo un ser humano?

Álvaro —No sé. Siento que ahora sos una de esas personas, que te cruzas por la calle, y ni siquiera te llaman la atención. Es muy doloroso, dan ganas de...

Belén —¿De qué?

Álvaro —No sé. Ganas de que las cosas nunca hubiesen sido, o de que sigan siendo siempre como fueron. ¡Pero no! El amor de golpe desaparece, y es una mierda.

Belén —Hay que hacerse cargo.

Álvaro —¿De qué?

Belén —De que ya no vamos a llegar a viejos juntos, como habíamos soñado.

Álvaro —No puedo hacerme cargo de eso.

Belén —¿Por qué?

Álvaro —No tengo la fuerza.

Belén —Siempre tuviste la fuerza.

Álvaro —Sí, pero para esto, parece que no. Yo me quería morir con vos. ¿Entendés?

Belén —Yo no quiero que te mueras conmigo, sino por mí.

Álvaro —Ojalá pudiera. (Silencio). ¿Cómo pudimos ser tan ilusos?

Belén —¿A qué te referís?

Álvaro —A esto de habernos imaginado un futuro tan a largo plazo.

Belén —Yo lo sigo creyendo.

Álvaro —¿No te das cuenta que no sirve que sólo lo crea uno? Si no lo creemos los dos, ese futuro no puede existir.

Belén —Pero va a existir otro.

Álvaro —¿Cuál?

Belén —No sé, uno diferente.

Álvaro —¿Muy diferente?

Belén —No tengo idea.

Álvaro —¿Podés imaginarlo?

Belén —Puedo imaginarme lo que quiera. Pero por ahora prefiero no imaginar más futuros. Mejor que el futuro me imagine a mí, y yo después veo cómo se me antoja participar en él.

Álvaro —A veces te extraño mucho.

Belén —Pero no me amás.

Álvaro —No sos vos, soy yo.

Belén —Eso ya estaba aclarado.

Álvaro —Pero hace falta insistir.

Belén —¿Por qué?

Álvaro —Porque sé que nunca lo vas a entender.

Belén —¿Qué querés que entienda?

Álvaro —Que la vida es una mierda porque se me fue el amor.

Belén —Eso lo entiendo. Ahora quiero que vos entiendas otra cosa.

Álvaro —¿Qué cosa?

Belén —Que la vida es una mierda porque te sigo amando.

Álvaro —¿Por qué no dejás que se vaya?

Belén —Escuchame una cosa: El amor es mío, y yo hago lo que quiero con él.

Álvaro —O él hace lo que quiera con vos.

Belén —Yo todavía te veo perfecto.

Álvaro —Me desfiguraría a trompadas.

Belén —Igual te amaría.

Álvaro —Ya lo sé.

Belén —Y te cuidaría mucho, hasta que te mejores.

Álvaro —¿Me explicás cómo se le puede dar un fin a esto?

Belén —Gradualmente.

Álvaro —Necesitaría que esto se termine.

Belén —¿Por qué?

Álvaro —Porque me duele demasiado, como para poder seguir viviendo con naturalidad.

Belén —Es la vida. No es una obra de teatro.

Álvaro —Y si fuese una obra de teatro... ¿cómo podría terminar?

Belén —Podría terminar con una escena en la que yo, en un ataque de orgullo, te dejo de amar; porque llego a entender que no valés ni una sola de mis lágrimas. O podría terminar con una escena en la que vos, de repente, me miras a los ojos, y recordás todos los momentos hermosos vividos juntos, y entonces te vuelve a anidar el amor en el corazón. O podría terminar con una escena en la que yo me pego un tiro en la cabeza; o podría terminar con una escena en la que vos me matas a trompadas; o con una escena en la que me saco la lotería y te quedás junto a mí por el dinero; y así, hay miles de opciones, yo que sé... Elegí el final que más te guste y terminemos con esto.

Álvaro —Esta vez quiero hacerme cargo.

Belén —Hacerse cargo significa bancarse la agonía de la desaparición lenta y gradual del dolor que te agobia.

Álvaro —Que así sea.

Belén —¿Y si esto realmente fuera una obra de teatro? ¿Los espectadores no se ofenderían por la falta de un cierre lógico para esta historia que estamos narrando?

Álvaro —Ellos sabrán entender. Quizá también a ellos les haya llegado la hora de hacerse cargo. (Ella mira al público. Él también. Lo hacen durante largo rato. Apagón).

Convengamos

Andrés

Alberto

(Pasa Beto y Andrés lo frena para decirle lo siguiente):

Andrés —¿Ves esas luces?

Alberto —¿Adónde?

Andrés —Ahí... ¿No las ves?

Alberto —No, para nada.

Andrés —Bueno, quizá no las veas por tu experiencia de vida...

Alberto —¿Y eso que tiene que ver?

Andrés —Todo tiene que ver.

Alberto —No estoy de acuerdo.

Andrés —Entonces convengamos en eso.

Alberto —¿En qué?

Andrés —En esta comunión de dos realidades.

Alberto —Eso de comunión de realidades sólo puede ser real metafóricamente hablando.

Andrés —Que así sea.

Alberto —¿Que así sea qué?

Andrés —Lo que podríamos hacer, es cerrar los ojos los dos a la vez, y así no tener la percepción de dos realidades visuales diferentes.

Alberto —Sería en vano, porque quedarían las otras.

Andrés —¿Cuáles otras?

Alberto —La realidad auditiva, la olfativa, la táctil...

Andrés —Bueno, pero en esas realidades es más fácil ponerse de acuerdo.

Alberto —No te creas.

Andrés —Yo creo que sí.

Alberto —Yo creo que no.

Andrés —Bueno, convengamos que tenemos diferentes realidades.

Alberto —¿Podés dejar de convenir?

Andrés —Sinceramente, me cuesta mucho. Es un vicio que tengo. Como si fuese una adicción. Me dijo el psicólogo, que me la paso tratando de generar convenios, para ser aceptado por los demás. Parece que yo siento que, cuando alguien quiere convenir en algo conmigo, soy aceptado, y entonces mis ideas están más cercanas al común de la gente.

Alberto —Pero ser del común de la gente no es algo a lo que podamos llamar... “bueno”.

Andrés —¿No? ¿Por qué no? Yo quiero ser normal.

Alberto —¿Vos querés ser como la gente?

Andrés —Sí, claro.

Alberto —¿Cómo que gente?

Andrés —No sé. Como la mayoría.

Alberto —(Tratando de entender). O sea... Vos no querés ser minoría.

Alberto —No, eso sí que no. Yo siempre voto al que dicen que va a ganar, para sentirme parte de la mayoría, eso me da tranquilidad.

Alberto —Ajá.

Andrés —No podría dormir si no.

Alberto —¿Y vos cómo crees que está el mundo?

Andrés —¿El mundo?

Alberto —Ajá.

Andrés —No, sé. Creo que está bastante mal la cosa. Entre el hambre, la corrupción, las masacres por ese asunto de la religión...

Alberto —¿Vos de qué religión querés ser?

Andrés —No sé... de la religión que sea la mayoría..., y si esa no me gusta, prefiero no tener. Así por lo menos no quedo mal con nadie.

Alberto —Okey, te entiendo. Pero, retomando, entonces, podemos convenir que está bastante mal la cosa en el mundo..., ¿no?

Andrés —Y sí, convengamos que eso es innegable.

Alberto —Y el mundo está, así como está, por decisión de la mayoría.

Andrés —(Piensa) Y sí, se podría decir que sí.

Alberto —Y vos querés ser siempre mayoría.

Andrés —Sí, bah... En realidad, a mí, el mundo, lo que se dice mundo, no me importa; a mí me importa la gente... A mí me importa caer bien, y que todo el mundo diga que soy simpático, simpatiquísimo. Quiero que lo diga todo el mundo. Pero no el mundo, mundo... ¿Entendés? Hablo de la gente...

Alberto —A mí no me pareces simpático.

Andrés —(Con fatalidad). ¿No?

Alberto —No, al contrario, me pareces patético.

Andrés —¿Cómo la mayoría?

Alberto —Y sí, la verdad que sí.

Andrés —Entonces no me importa, porque sigo siendo mayoría. Aunque reconozco que también me gustaría formar parte de la mayoría simpática...

Alberto —¿Y eso qué es? ¿Un partido político?

Andrés —No. Es el género de una de las mayorías, creo.

Alberto —Mirá vos.

Andrés —¿Y vos qué sos?

Alberto —No sé.

Andrés —Tenés cara de ser minoría.

Alberto —¿Por qué?

Andrés —Porque hacés muchas preguntas, y cuestionas todo. En especial cuestionas las cosas que ya estaban convenidas de antemano, para que la mayoría pueda sumergirse en su rutina de evasión. Eso me parece imperdonable.

Alberto —¿Y qué me vas a hacer?

Andrés —No sé, tendría que pensarlo. Generalmente... ¿Qué se les hace a las minorías que estorban?

Alberto —Generalmente se los trata de convencer para ser parte de la mayoría... Con publicidades engañosas y esas cosas.

Andrés —No parecés una persona que se vaya a dejar convencer.

Alberto —¿No?

Andrés —No, para nada. Y menos por alguien como yo.

Alberto —¿Y entonces?

Andrés —No sé, creo que voy a tener que matarte.

Alberto —¿En serio? Mirá que bien. Bueno dale, matame, pero apurate que me está agarrando hambre.

Andrés —Te estoy hablando en serio. La historia ha demostrado, en incontables oportunidades, que cuando las minorías estorban, hay que sacarlas del camino hacia el progreso.

Alberto —¿A que le llamas progreso? ¿A poder comprarte una cámara de fotos digital? ¿O le llamas progreso a la existencia de esa gente que cena el contenido de tu bolsa de basura junto a un árbol?

Andrés —El progreso es el progreso, no andés con vueltas. A mí me gusta que me sobre la plata a fin de mes..., a pesar de que, soy consciente, de que esa plata que a mí me sobra, es porque le falta a otro.

Alberto —Qué lindo.

Andrés —Sí, muy lindo. Como el nuevo televisor que me compré para ver las películas que casi nunca miro.

Alberto —¿Y por qué no las miras?

Andrés —Porque me quedo dormido.

Alberto —Qué lástima. ¿Me vas a matar o no?

Andrés —Y sí, claro que sí. (Saca un cuchillo). Es mi rol, como integrante de una mayoría conformista, consumista e indiferente al dolor ajeno.

Alberto —¿Y creés que me voy a dejar matar así no más?

Andrés —No sé, espero que sí. ¿Te vas a dejar?

Alberto —No, pelotudo, no me voy a dejar matar.

Andrés —(Guardando el cuchillo). Entonces me voy. Total, la historia va a saber encargarse de vos como corresponde. Vos seguí con eso de quejarte, no más. Así te va a ir. Chau, minoría.

Alberto —Chau, pelotudo.

## Agradecimientos desencontrados

Ferdinando

El otro

[Comienza a bajar la música y a subir la luz lentamente hasta que aparece la escena] (Él entra con un número en la mano. El otro es un oficinista que está en su escritorio trabajando).

Ferdinando —Buenas. Quisiera saber a quién tengo que agradecer, si no es molestia. (El otro levanta la mirada y le hace un gesto como que espere). Sí, espero. (Mira la silla) Espero acá sentado. ¿Puede ser? (El otro no le contesta. Se sienta igual). Bueno, me siento. No hay apuro. (Está inquieto. Observa el espacio. Se pone impaciente). ¿Sabe lo que pasa? Es que... realmente necesito agradecer, le juro que lo necesito. Y como no sé cómo sigue este trámite... (No sabe cómo explicarse. Mostrando el numerito). ¿Usted sabe cómo sigue? (Sin levantar la mirada, el otro le vuelve a hacer un gesto para que espere). Bueno, bueno, espero. (Silba o tararea el tema “Love” de Lennon. Él otro levanta la mirada silenciándolo. Él, como hablando para sí, pero intentando que el otro lo escuche, habla). Fui tan feliz con ella. (Mira si le prestan atención. El otro no lo mira. Él sigue). Usted no sabe lo hermoso que era abrazarnos y mirarnos a los ojos durante horas. Como que nos retroalimentábamos o algo así... Como si la vida fuese eso, y todo lo demás, era tan sólo esperar a que eso vuelva a pasar. Me decía que yo era su alma gemela. Sí, ya sé que suena cursi, pero bueno... Lo importante es el modo en que lo decía, más que lo que decía en sí. Lo que pasa es que... cuando estaba con ella... Ella me hacía sentir tan bien... Pero bueno, acá estoy... ¿no? (Mira para todos lados) No sabe cómo me gustaría agradecer.

(Recuerda). Me acuerdo cuando la bese por primera vez. Que boca hermosa. Tenía unos labios increíbles. Sin ánimo de ofender a su jefe... eran perfectos. Cuando abría sus labios, no había más nada que decir. Era tan sólo cuestión de dejarse llevar; de cerrar los ojos; de planear un poco; de elevarse unos cuantos metros del piso... ¡Qué lindo! Mi problema siempre estuvo, en no poder dejar de ser consciente de la existencia del piso; en no poder remontar vuelo con ella, por estar pensando siempre que en algún momento me iba a tener q dejar de besar. Ese era uno de sus desafíos: hacerme volar, pero volar en serio. Si lo habrá intentado... Qué hermosa era. Usted no se da una idea. (Recuerda). Me acuerdo el día que empezó a desnudarse... (Se interrumpe). No sabe lo que era... ¿Se puede hablar de estas cosas en este establecimiento? (No le contestan). Igual no se preocupe, no voy a contarle las partes... íntimas. (Insinúa. Mira de reojo). Aunque intuyo que es lo que más le interesaría saber. ¿No? (Lo siguen ignorando. Vuelve a hablar para sí). Usted no tiene idea lo que fue verla así... ¡No podía dejar de mirarla! ¡No podía dejar de fotografiarla con mis pobres ojos! Y después, empecé a acariciarla despacito, despacito... (Acaricia en el aire. Se frena en una sonrisa). Fue hermoso. ¡La puta madre! (El otro levanta la cabeza, indignado por el insulto. Él se da cuenta) Perdón. Me imagino que acá no se puede insultar. ¿No? (El otro lo mira con desaprobación y vuelve a sus asuntos). Me salió sin querer. Es que..., me siento tan agradecido. Nunca me creí merecedor de grandes cosas. No sé por qué. Es algo que nunca entendí. Siempre sentí que lo mío era ser espectador de las felicidades ajenas. (Vuelve a recordarla). Pero cuando llegó ella, y me miró, y me besó..., la pucha..., no es joda. No sé si merecía tanta mujer... ¿Qué hice yo para merecerla? ¿Por qué yo? Hay tantos tipos, y justo yo... No sé si usted me comprende del todo. Lo que pasa es que la tendría que ver. Esos ojos...

(Revive el momento) ...abrazarla bien fuerte por la cintura y mirarla directamente a los ojos. (Mirando al otro). ¿Sabe que nunca me bajó la mirada? Esos ojos, tiernos, frágiles, dulces, esos ojos que nunca pedí que fueran míos. ¿Entiende por qué es que quiero agradecer? ¿Cuándo me van a decir en dónde puedo agradecer? ¿Hay alguna oficina en especial? ¿Señor, me puede contestar? ¿Usted sabe la cantidad de gente que se muere así no más? ¿Sin haber sentido ni un mísero soplo de amor en la cara? Y yo la tuve a ella, y me arrepiento de todas las veces que insulté al mundo, y me llené la boca diciendo que la vida era una mierda. Cuando me pongo a pensar que ella me eligió a mí, entre todos los mortales... ¿Cómo mierda me puedo quejar? ¿De qué me puedo quejar si ella me besó a mí? No a otro. ¡A mí! ¿Usted comprende? (No le contestan. Va hasta el escritorio del otro enojado). ¿Me puede contestar en dónde carajo puedo agradecer? No estoy pidiendo que me manden al paraíso. Ni siquiera estoy pidiendo dejar de existir. Solamente quiero agradecerle a alguien. Tiene que haber un responsable de mi felicidad. ¿Quién la puso a ella en mi camino? ¿Por qué me eligió a mí? ¿Ni siquiera la muerte tiene sentido en esta vida? ¡La puta que lo parió!

El otro —Baje la voz. No se puede gritar.

Ferdinando —¡Yo grito todo lo que quiero, la concha de tu madre! ¿Me entendiste? (El otro se para). ¡Quiero ver a un responsable! ¡Porque ella me beso a mí! ¿Entendés? No te besó a vos, pelotudo. (El otro lo agarra y lo saca por donde entró. Mientras va gritando las últimas líneas). Quiero que alguien me diga porque me besó a mí... (Él sale. El otro se vuelve a sentar. Retoma con su trabajo. Él vuelve a entrar con un número en la mano. Se repite exactamente lo del comienzo) Buenas. Quisiera saber a quién tengo que agradecer si no es molestia. (El otro levanta la mirada y le hace un gesto como que espere). Sí,

espero. (Mira la silla) Espero acá sentado. ¿Puede ser? (No le contestan. Se sienta igual) Bueno, me siento. No hay apuro. (Está inquieto. Observa el espacio. Se pone impaciente)  
[Comienza a subir la música y a bajar la luz lentamente hasta que desaparece la escena que nunca frena] ¿Sabe lo que pasa? Es que realmente necesito agradecer, le juro que lo necesito. Y como no sé cómo sigue este trámite... (No sabe cómo explicarse. Mostrando el numerito) ¿Usted sabe cómo sigue?

Esas cosas no se dicen

Horacio

Melina

(Barriendo ambos el escenario).

Horacio —¿Cuánto te pagan a vos?

Melina —¿Cómo?

Horacio —¿Qué cuánto te pagan?

Melina —Esas cosas no se dicen

Horacio —¿Por?

Melina —No sé, sólo sé que no se dicen.

Horacio —¿De dónde sacaste eso?

Melina —Creo que me lo enseñó mi abuela

Horacio —¿De qué laburaba tu abuela?

Melina —Ella nunca trabajó. Era mantenida por mi abuelo.

Horacio —Entonces hablaba sin saber.

Melina —Como todos.

Horacio —Y sí, como todos. ¿Tu abuelo de qué laburaba?

Melina —Vendía drogas. Sacaba buena guita.

Horacio —¿Y tu abuela que opinaba al respecto?

Melina —Nada... ¿Qué va a opinar? Si te dejas mantener, después no te podés quejar de nada.

Horacio —¿Qué loco! ¿no?

Melina —¿El qué?

Horacio —¿No quejarse de nada? Yo no podría.

Melina —Sí, yo tampoco. Aunque, en realidad, mi abuela una vez se quejó.

Horacio —¿De qué?

Melina —Mi abuelo le contagió el sida.

Horacio —¿Sí?

Melina —Y sí, tenía muchas amantes y no se cuidaba.  
Horacio —¿Y tu abuela no se quejaba de las amantes?  
Melina —Ya te dije que era mantenida  
Horacio —Ah, cierto... ¿Tenían sirvienta?  
Melina —No hacía falta, mi abuela hacía todo. Guisos de madre, postres de abuela... y hasta torres de caramelo.  
Horacio —Entonces laburaba más que tu abuelo.  
Melina —Puede ser, pero eso no cuenta.  
Horacio —Y claro... ¿Jorge cómo anda?  
Melina —Bien, en casa.  
Horacio —¿Le gusta ser mantenido a él?  
Melina —Sí, bastante.  
Horacio —¿No tiene miedo que le contagiés el sida?  
Melina —Sabe que me cuido.  
Horacio —¿Con qué?  
Melina —Esas cosas no se dicen.  
Horacio —¿Por?  
Melina —No sé, sólo sé que no se dicen.  
Horacio —¿De dónde sacaste eso?  
Melina —Creo que me lo enseñó mi vieja  
Horacio —A mí no me gustaría que me mantengan. Me gusta ganar mi propia plata.  
Melina —Lo que sí quisiera es estar en blanco  
Horacio —Sí, yo también. ¡Imaginate estar en blanco!  
Melina —Más que nada por la obra social.  
Horacio —Y por los aportes jubilatorios.  
Melina —¿Y si le hacemos juicio?  
Horacio —¿Te parece?  
Melina —Digo, no sé.  
Horacio —¿Y después? ¿Adónde vamos a conseguir un laburo tan copado como este?  
Melina —Sí, es verdad. Es jodido. Está jodida la calle.

Horacio —No, yo la calle no la hago ni en pedo.

Melina —Y si la hacés cuidate, como hago yo.

Horacio —¿Con qué?

Melina —Esas cosas no se dicen.

Horacio —¿Por?

Melina —No sé, sólo sé que no se dicen.

Horacio —¿De dónde sacaste eso?

Melina —Creo que me lo enseñó mi hermana.

Horacio —¿Y tu hija que te enseñó?

Melina —No, a ella le enseño yo. Es lógico.

Horacio —Yo a mi hijo mucho no le puedo enseñar.

Melina —¿Por?

Horacio —Porque sabe más que yo. El otro día me armo el currículum en la computadora.

Melina —Mirá qué bien. ¿Estás buscando laburo?

Horacio —(Mira para todos lados). Estoy tirando, para ver si sale algo. Quiero empezar a aportar.

Melina —Yo necesito la obra social.

Horacio —¿Qué te duele?

Melina —Un poco de todo. Pero lo que más me duele es el alma.

Horacio —Yo conozco una iglesia que te atiende sin mutual.

Melina —¿Sí?

Horacio —Pero te tenés que bancar una cola de la “San Puta”.

Melina —A esa santa no la conozco.

Horacio —El otro día pasé por la iglesia, y la cola daba toda la vuelta manzana. El tipo te daba la absolución sin escuchar la confesión. Te hacía rezar diez “ave maría”, sin importar el tamaño del pecado. Diez “ave maría” para el asesino, diez para el violador, diez para el político...

Melina —Pobre violador.

Horacio —Y bueno, la va tener que pensar dos veces la próxima erección.

Melina —Y sí.

Horacio —Yo no tengo Sida. Te aviso por si acaso.

Melina —¿Qué me querés decir?

Horacio —Nada, una indirecta laboral.

Melina —¿Y qué tenés?

Horacio —Tengo hongos. Pero me pongo crema antimicótica.

Melina —Esas cosas no se dicen.

Horacio —¿Por?

Melina —No sé, solo sé que no se dicen.

Horacio —¿De dónde sacaste eso?

Melina —Creo que me lo enseñó mi padre.

Horacio —¿El abogado?

Melina —Sí.

Horacio —¿Qué tipo de abogado es?

Melina —Igual que la mayoría.

Horacio —Uh, que mal.

Melina —Y bue. Pero la junta con pala.

Horacio —¿Sigue profanando tumbas?

Melina —Sí, sigue con la taxidermia.

Horacio —Pensé que andaba de remisero, ahora.

Melina —No. Eso fue antes de ser abogado.

Horacio —¿Cuánto me dijiste que cobrabas vos acá?

Melina —Seguro que lo mismo que vos.

Horacio —No creo.

Melina —¿Por qué no?

Horacio —Por la antigüedad. Yo hace tres días que estoy barriendo y vos cuatro.

Melina —Claro. Bueno, sacá la proporción.

Horacio —No, dejá, ahora no tengo ganas. ¿Con qué me dijiste que te cuidabas?

Melina —Con lo mismo que vos.

Horacio —¿Con preservativos?

Melina —Sí, con espermicida.

Horacio —Pobrecitos. Es cruel. Morir así...

Melina —Y pensar que, cada uno de esos espermatozoides, pudo haber entregado la mitad de la información genética, para crear a una persona, con sus ideas y pensamientos.

Horacio —Yo tengo la certeza de que, una feroz fumigación con espermicida, ya mató al espermatozoide que iba a dar vida, a la persona que iba a descubrir la vacuna contra el flagelo del sida.

Melina —¿En serio? (Horacio afirma.) Dios mío, pobre abuela.

Horacio —Y yo sin aporte jubilatorio.

Melina —Y yo sin obra social.

Algo interesante

Pedro

Juan

Pedro —No sé qué decir.

Juan —¿Por?

Pedro —(Levantando los hombros). No se me pasa nada por la cabeza.

Juan —¿Y qué te gustaría poder decir?

Pedro —No sé, algo interesante.

Juan —¿Interesante para quién?

Pedro —Para quien me escuche.

Juan —¿Y quién pensás que te está escuchando ahora?

Pedro —(Va mirando). Vos..., quizá Dios..., la gente que pasa por la vereda, esa señora que está tejiendo ahí en un costado, el gato aquel que está dormido...

Juan —¿Y qué te parece que a ellos les podría resultar interesante?

Pedro —A vos, podría resultarte interesante, saber si ganó Racing; a Dios, si he pecado más de lo aconsejable; a la gente que pasa por la vereda, si hay alguna promoción de celulares; a la vieja que teje, si le va a quedar lindo el echarpe; y al gato, saber si va a comer antes de volverse a dormir.

Juan —¿Y vos a quien querés complacer?

Pedro —Veremos. Probablemente tenga que elegir.

Juan —¿Y si decís algo que sea interesante para vos, y después ves quien se siente identificado con el asunto?

Pedro —Y sí. ¿No? Porque habiendo tantas realidades, como personas, nunca voy a poder decir algo universalmente importante. ¿No?

Juan —Exacto. ¿Y qué sería importante para vos?

Pedro — (Pensando). Existir.

Juan —¿Para quién?

Pedro —Para mí.

Juan —¿Y quién verifica que vos existís si no hay un otro?

Pedro —Me verifico yo mismo.

Juan —¿Y cómo hacés?

Pedro —No sé, con un espejo, ponele.

Juan —Pero nunca dejás de ser vos. Vos, con tu sistema de percepción; vos, con esa única realidad que sólo podés ver vos, y sentir vos; porque vos, sólo sos vos.

Pedro —¿No me alcanza conmigo mismo?

Juan —No, para existir no. Es lógico.

Pedro —Antes existía en mi novia, pero se fue.

Juan —¿Y dejaste de existir por eso?

Pedro —De algún modo sí.

Juan —¿Por qué?

Pedro —Porque ya no me necesita. Ya no soy imprescindible.

Ya no es feliz, gracias a mí. Perdí un poco mi razón de ser.

(Pensando). Siento que sigo existiendo, pero ya no tanto.

Juan —¿Ella era tu certificado de existencia?

Pedro —Algo así. De existencia y de funcionalidad.

Juan —¿Funcionalidad?

Pedro —Sí. Yo tenía una función que cumplir, un rol; algo que me daba razón de ser.

Juan —¿Y ahora?

Pedro —Y ahora no sé. No sé nada. Nada de nada.

Juan —¿Y yo quién soy?

Pedro —Una excusa.

Juan —¿Para qué?

Pedro —Para seguir creyendo que existo.

Juan —Creo que estás siendo un poco ofensivo.

Pedro —Disculpá, pero es así.

Juan —(Comenzando a irse). Voy a proceder a retirarme.  
Pedro —No te vayas.  
Juan —¿Por qué?  
Pedro —Porque te necesito. Ya sabés.  
Juan —¿Qué estás esperando? ¿Qué ella vuelva?  
Pedro —No. Solamente quiero volver a existir.  
Juan —¿La llamaste?  
Pedro —Sí, el otro día.  
Juan —¿Y?  
Pedro —Está con otro.  
Juan —Y bueno. La vida sigue.  
Pedro —La mía no.  
Juan —Por lo menos sigue el tiempo.  
Pedro —Eso es lo peor.  
Juan —¿Qué te dijo?  
Pedro —Que amaba a otro. Que ya no me necesita.  
Juan —Qué directa.  
Pedro —Por lo menos fue sincera.  
Juan —¿Y ahora?  
Pedro —Y ahora estás vos.  
Juan —¿Te alcanza?  
Pedro —Me ayuda a engañarme.  
Juan —Y bueno, ya existirás para otra persona.  
Pedro —Tengo miedo, no sé si quiero volver a pasar por esto.  
Juan —¿Qué otra te queda?  
Pedro —Estar con vos.  
Juan —No vas a poder mantenerme vivo durante mucho tiempo.  
Pedro —Ya veremos. Cuando me propongo algo, suelo ser muy necio.  
Juan —Las ilusiones se rompen por su propia naturaleza.  
Pedro —No sos una ilusión.  
Juan —¿Y qué soy?

Pedro —No sé. Una sombra.

Juan —No hay sombras sin luces.

Pedro —Dormiré con la luz prendida.

Juan —No te preocupes, no me voy a ir. Me voy a quedar hasta que ya no me necesites. ¿Alguna vez estuviste solo?

Pedro —Sí. Una vez estuve en la playa, solo..., y comenzó a amanecer.

Juan —¿Dónde estaba ella?

Pedro —Ella todavía no existía.

Juan —¿Para quién no existía?

Pedro —Por lo menos para mí.

Juan —¿Y cómo se sentía estar solo?

Pedro —Extraño. Como que nada tenía sentido, realmente.

Como si vivir la vida fuese evadirse de esa escena con ferviente constancia.

Juan —¿Qué escena?

Pedro —Un hombre solo frente al mar, y frente al sol.

Juan —Ajá.

Pedro —Ahí te das cuenta que vivir o morir es indistinto. Ahí te das cuenta que también sos arena. Es una cuestión de tiempo, no más. Lo más triste, es la pasión con la que uno se quiere convencer, día a día, de que el sol, alguna vez, sale para uno..., que sale porque uno existe.

Juan —Y si no es el sol, que sea la luna...

Pedro —...y si no es la luna que sea ella.

Juan —Y si no es ella... que sea alguien...

Pedro —Ahí te das cuenta que tu vida es un rato del universo, que estás de prestado; y que no tenés que meter mucha mano, ni molestar mucho a los demás; que solamente hay que sentarse a disfrutar del show, porque el show, siempre continua; es el cuerpo de uno el que se banca una sola función. (Apagón)

Estoy soñando... ¿no?

Facundo

Morena

(Facundo está parado en el escenario. Entra Morena).

Facundo —¿Qué hacés, mi amor?

Morena —¿Cómo estás?

Facundo —Acá, no sé. No entiendo bien qué pasa. Te extrañé mucho. Gracias por venir.

Morena —Yo también te extrañé mucho. ¿Cómo estás?

Facundo —Bien, creo que estoy mejorando de a poco. Pero es tan lento el proceso...

Morena —Sí, ya sé. Todo es dolor.

Facundo —Estoy soñando... ¿no?

Morena —Sí, estás soñando.

Facundo —¿Y estamos bien?

Morena —Así parece.

Facundo —¿Puedo abrazarte un poco?

Morena —Es tu sueño, podés hacer lo que quieras. (La abraza).

Facundo —Te extraño mucho. No sé si voy a poder vivir sin vos.

Morena —Entonces despertate, y vení a buscarme. Me imagino que no te habrás olvidado donde vivo.

Facundo —(Ríe). Pasó tanto dolor entre nosotros... (Dándose cuenta.) Aunque, en este momento, parece que no hubiese pasado nada.

Morena —Claro, porque es un sueño. Y los sueños son deseos.

Facundo —Desearía que no haya pasado nada.

Morena —Pero por algo pasó todo lo que paso. No hay vuelta atrás de nada.

Facundo — Ya sé. Sólo soñando.

Morena — Sólo soñando. ¿Realmente querés que las cosas vuelvan hacia atrás?

Facundo — No, creo que no. Sólo sería seguir lastimandonós. Es como decís vos: por algo pasó lo que pasó.

Morena — Pero está lindo acá.

Facundo — Sí, está hermoso. Es como vivir en alguno de todos los recuerdos que compartimos.

Morena — Sí, algo así. Como cuando rescatamos a Pedrito de la calle... ¿Te acordás? Venía ladrando hacia nosotros...

Facundo — Y vos lo tenías que alzar. No hay animalito que no vaya a parar a tus brazos.

Morena — (Sonríe). O como cuando vos bajabas a comprarme caramelos al kiosco después de cenar.

Facundo — Sí, caramelos ácidos. Y después mirábamos películas.

Morena — Sí, que hermoso fue todo eso. Y ahora siento como si nunca se hubiese ido.

Facundo — Pero estoy soñando. En realidad, estoy solo.

Morena — ¿Y qué importa? Disfrutemos de esto mientras dure.

Facundo — No sé. En algún momento me voy a despertar y me voy a encontrar con la cama vacía.

Morena — Entonces vení a buscarme.

Facundo — No puedo mi amor, no podemos más.

Morena — ¿El qué no podemos más?

Facundo — Eso de creer que juntos podíamos contra todo. Eso de que mientras estábamos juntos, nada importaba. Eso de la ingenuidad en un mundo tan demoledor.

Morena — ¿Entonces se acabó?

Facundo — Sí, mi amor. Y se me parte el alma. Dios mío, no sé si puedo soportar tanto dolor.

Morena — Vení a buscarme.

Facundo —No puedo, en serio, no puedo. Perdoname mi amor, perdoname por todo, por favor. Perdoname por lo que más quieras.

Morena —No tiene sentido que te perdone. Estás soñando. (Lo besa). Pero te perdono igual. (Él la abraza).

Facundo —Te juro que te amé tanto.

Morena —Siempre lo supe. Pero todo es tan doloroso.

Facundo —Sí. ¿Por qué tiene que ser así? ¿Por qué? Yo quisiera que no fuera así.

Morena —Por eso estas soñando con esto, mi amor.

Facundo —Yo quisiera que la vida no sea así.

Morena —Cuando uno quiere cambiar a la vida, la vida lo termina cambiando a uno. Siempre pretendiste lo imposible.

Facundo —Como éste sueño.

Morena —Sí, como este sueño. (Se abrazan). Vení, quedemonós así hasta que te despiertes.

Facundo —¿Me va a doler mucho cuando abra los ojos?

Morena —Muchísimo. Agarrate fuerte de mí, así no te duele tanto.

Facundo —(La agarra fuerte). ¿Así está bien?

Morena —Así está perfecto. (Apagón y ruido de despertador).

Lo peor es el amor

Zoilo  
Cosme

Zoilo —(A los gritos. Como a alguien que pasa). ¡La concha de tu madre, hijo de puta!

Cosme —Ni me digas... Mi mamá no anda muy bien que digamos. El otro día se desvaneció, y casi se da la cabeza contra la mesada.

Zoilo —Estoy tan harto del mundo.

Cosme —Sí, a veces se pone densa la cosa. El otro día tuvieron que operar a mi viejo de un riñón, y zafó de pedo.

Zoilo —¿Sabés qué es lo peor?

Cosme —No, la verdad es que, cada momento de mi vida, cumple la misma funcionalidad atómica, en la conformación de esto que, hoy podríamos bien llamar, “presente de mierda”.

Zoilo —Lo peor es el amor.

Cosme —Sí, en eso puede ser que tengas razón.

Zoilo —(En pose). Te amo, te amo desde lo más profundo de mis ser.

Cosme —En lo profundo de mi ser hay una jaula con un leopardo.

Zoilo —Te amo con el alma plagada de todos los colores que te componen.

Cosme —Leopardo de color oro y petróleo, luz y muerte.

Zoilo —Te amo con dependencia insana hasta que, por mágica obra del destino, te dejo de amar.

Cosme —Leopardo que se devora a sí mismo, para no devorarla a ella.

Zoilo —Lo peor es el amor.

Cosme —Lo peor es el amor.

Zoilo —Son todos unos hijos de puta.

Cosme —Mi mamá está un poco mejor. (Mostrándole el celular). Acabo de cortar con ella. Parece que tiene una protuberancia en uno de sus senos. Espero que no sea un tumor. ¿Sabés lo que estaba cocinando? (Zoilo hace gestos de no saber) Empanadas de Berenjena. Le salen riquísimas.

Zoilo —¿Cómo salió el partido?

Cosme —Empate.

Zoilo —Cómo me molestan los empates. Qué cosa más insípida. Tendrían que estar prohibidos.

Cosme —Sí, tendrían que definirlo de algún modo. Tendrían que jugar hasta que no den más.

Zoilo —¿Como el amor?

Cosme —No se puede empatar en el amor.

Zoilo —¿Y ganar?

Cosme —No sé. ¡Basta con el amor!

Zoilo —La condena del amor que no fue. El dolor de lo cotidiano sin ella. De ahora en más, cada porción de tarta de jamón y queso, te convulsionará los lagrimales; cada imagen o destello, de aquellos mates cebados para sus labios, será un ladrillo del muro que se derrumba sobre tu miseria; cada vez que tomes noción, del pedazo de belleza que ya no está, pero que creías que iba a estar, y que se iba a mecer y a arrugar a tu lado hasta el final de tus patéticos días, será la muerte en vida.

Cosme —¡Basta con el amor!

Zoilo —¿Y con qué seguimos?

Cosme —No sé. Hagamos asociación libre.

Zoilo —Ok. Murciélago.

Cosme —Roedor.

Zoilo —Ratón.

Cosme —Rata.

Zoilo —Insecto.

Cosme —Luciérnaga.

Zoilo —Amor.

Cosme —¿Amor?

Zoilo —Sí, yo que sé.

Cosme —¿Cómo carajo relacionas luciérnaga con Amor?

Zoilo —No sé. Quizá asocié: Luciérnaga, Luz, Paz, Amor.

Cosme —Estás diciendo cualquier cosa.

Zoilo —Pará un cacho, después de todo es asociación libre...

¿Qué me venís ahora a maniatar el inconsciente?

Cosme —Pero sobre el amor no. Ya te dije.

Zoilo —Quizá se puso de moda, y viste que cuando algo se pone de moda, hasta que no suena en todas las radios,, hasta hacerte explotar los escrotos, no para. La moda es así.

Cosme —No me importa la moda.

Zoilo —A ella tampoco le importamos nosotros.

Cosme —¿Vos decís que el amor se puso de moda?

Zoilo —Dejame pensarlo. (Piensa) Creo que sí. Ahora que me acuerdo, observé muchos maniqués enamorados en las vidrieras del shopping.

Cosme —¿Sí?

Zoilo —Sí. Hasta había algunos en poses de lo más comprometedoras.

Cosme —Eso no es amor.

Zoilo —¿Cómo no va a ser amor? ¿No te digo que está de moda?

Cosme —Para mí que estaban fornicando.

Zoilo —Te digo que no. Me di cuenta por cómo se miraban a los ojos. (Insistiendo). Estaban haciendo el amor. Te lo juro.

Además, fornicar, es algo que no puede estar de moda, porque la gente nunca deja de hacerlo.

Cosme —Yo sé de muchos que fornican por temporadas.

Zoilo —Te digo que no. Era amor.

Cosme —¿Y cuándo dejará de estar de moda?

Zoilo —Lo que dura la temporada.

Cosme —Habrá que seguir esperando. Lo peor es el amor.

Zoilo —Lo peor es el amor.

Cosme —Le peor del amor son los recuerdos que vienen a apuñalarte, por habértela dado de compadrito jurando eternidades por ahí por pura liberación de endorfinas.

Zoilo —(Mientras simula apuñalarlo con los recuerdos). Un tierno primer beso aquella adolescente noche de invierno.

Urgentes llamadas telefónicas improvisando nombres para futuros hijos. Ella desnudándose sin dejar de hacerte sentir abrazado. Dulces mates y bizcochitos de grasa masticados frente al atardecer por la ventana empañada de ternura. Películas entre las sabanas con los pies siameses por puro cariño. Amor con arroz con pollo, condimentado con la exactitud de la devoción ,y de la absoluta necesidad que tenía ella, de hacerte feliz ,porque te amaba. (Cosme cae al piso). Porque vos bien sabés que te amaba, así que, quedate ahí tirado, enjaulado, empetrolado, manchado, moteado... Quedate ahí, hasta que al destino se le antoje perdonarte por haberte dado el lujo, de exponer tu extrema sensibilidad; por haberte dado el lujo de dar amor a los zarpazos. Así, como el jaguar enjaulado, en lo profundo de mi alma. (Se sienta al lado y le acaricia la cabeza). Ya va a pasar, tranquilo... Lo que pasa es que, ahora no tenés a quien salvar, y eso te produce una especie de extraño y molesto vacío. ¿A quién te gustaría atarte ahora? ¿Quién te gustaría que te de sentido, de ahora en más? Yo digo, no sé... Porque, no sé si te habrás dado cuenta, pero ya no sabés bien por qué, ni por quién despertarte al otro día.

¿Usaba casco?

Adán

Beatriz

Adán —Estoy enamorado de vos.

Beatriz —¿Cómo lo sabés?

Adán —Me lo dice mi corazón.

Beatriz —¿En qué idioma?

Adán —No sé, no lo conozco.

Beatriz —¿Entonces como sabés lo que dice?

Adán —Intuyo.

Beatriz —Yo soy traductora.

Adán —¿En serio?

Beatriz —Sí. (Saca el título de la cartera). Aquí bien lo dice.

Adán —Mirá vos. Felicitaciones.

Beatriz —Felicita a mis padres. El título es de ellos.

Adán —Acá figura tu nombre.

Beatriz —Pero lo conseguí para ellos. Yo sólo lo saco a pasear en la cartera los lunes. Además, no sabes si el nombre que figura acá es el mío. Vos no sabés cómo me llamo.

Adán —Es verdad. Tranquilamente puede ser el nombre de tu hermana.

Beatriz —No tengo hermana. Falleció a los trece años en un accidente de motos.

Adán —¿Usaba casco?

Beatriz —No.

Adán —Y bueno, joderse entonces.

Beatriz —Sí. Eso es lo que figura en el epitafio. “Joderse entonces”.

Adán —Fuerte.

Beatriz —Pero real. El director de tránsito de la ciudad, le sacó una foto a la tumba, para hacer un afiche para una campaña de concientización.

Adán —Qué buena idea.

Beatriz —¿Puedo escucharte el corazón?

Adán —¿Para qué?

Beatriz —Para saber si realmente dice lo que dice.

Adán —¿Y qué creés que dice?

Beatriz —(Fastidiado). Que estás enamorado de mí. Estoy tratando de retomar el diálogo, imbécil. ¿Podés colaborar en algo?

Adán —Es que me quedé pensando en el asunto de la educación vial.

Beatriz —No es para menos. Es un tema jodido.

Adán —Supongamos que vos tenés el poder para destruir todos los autos del mundo. ¿No?

Beatriz —¿Vos no querías que te escuche el corazón?

Adán —Pará con eso. Esto es más importante. Ahora retomamos.

Beatriz —Ok. Supongamos que yo tengo ese poder.

Adán —Y entonces viene alguien que conoce el futuro y te dice que tu hijo va a morir atropellado por un auto. ¿Qué harías?

Beatriz —No tengo un hijo.

Adán —¿Qué tenés?

Beatriz —Una hija. Brisa se llama.

Adán —Bueno, supongamos que tenés la certeza de que Brisa va a morir atropellada por un auto. Pero vos podés impedirlo destruyendo todos los autos del mundo. ¿Lo harías?

Beatriz —Sí, destruiría todo por mi hija. Es lógico.

Adán —Entonces, si muere tanta gente, todos los días culpa de la existencia de los autos... ¿por qué no los destruyen? ¿Por qué quizá nadie sabe a quién le tocará morir ese día? ¿Es una

cuestión de lotería? ¿Sólo nos faltaría tener la certeza de la muerte? ¿Eh?

Beatriz —No sé, la culpa no es de los autos.

Adán —La culpa es del ser humano. Yo no podría confiar en ningún conductor. Todos podemos tener un mal día, o una distracción pequeña, o un cansancio sensato. ¿Por qué se le da al ser humano el poder de manejar una bola de metal a muchos kilómetros por hora? ¿Eh?

Beatriz —No sé, habrá que vender autos.

Adán —No me contestés esa idiotez

Beatriz —No sé qué querés que te diga.

Adán —Quiero que me digas: Qué inteligente que sos; qué reflexión profunda; como me gustan los hombres que piensan en el dolor ajeno; como quisiera que este muchacho sea el nuevo padre de Brisa, y de paso, me haga otra hija, esta vez varón, y sea más lindo que Brisa, porque este pibe tiene la repinta.

Beatriz —No te voy a decir todo eso.

Adán —¿Por qué? ¿No me lo merezco?

Beatriz —Si usaras esa inteligencia tuya para salvar el mundo, en lugar de usarla para tratar de levantarte minas, serías mucho más productivo.

Adán —¿Vos decís que yo puedo llegar a salvar el mundo?

Beatriz —No, ni en pedo. El mundo está globalizado. Lo único que podés hacer es subir tus fotos a Internet, o hacer que la gente lea tus ideas; y quizá encuentres a alguien que se sienta emparentado con lo que decís; quizá encuentres a alguien tan perdido como vos; y quién sabe, ese alguien, pueda ser tu compañera, y te pueda proteger y dar sentido hasta el fin de tus perros días.

Adán —Eso está lejos de salvar el mundo.

Beatriz —Está bien. Yo te ayudo a salvar el mundo, vamos.

Adán —¿En serio?

Beatriz —No, ni en pedo. Yo ya tengo una vida hermosa. Me amo a mí misma y por eso los demás me aman. No como vos, que sos un fracasado. Andá y comprate un espejo, y cuando veas que tu reflejo deja de ser translucido, volvé y vemos qué onda.

¿Ok?

Adán —Ok.

Beatriz —Perfecto.

Adán —¿Todavía querés escuchar mi corazón?

Beatriz —No, gracias. (Se va).

Adán —La pucha, ya la tenía.

No funciona

Bárbara  
Alejandro

Bárbara — Mi amor.

Alejandro — ¿Qué?

Bárbara — ¿Estás despierto?

Alejandro — Sí.

Bárbara — ¿Por qué no funciona?

Alejandro — ¿El qué?

Bárbara — No sé, todo. ¿Nunca pensaste por qué no funciona?

Alejandro — No.

Bárbara — Debemos tener algo en la cabeza. Como una sustancia, no sé... Algo debemos tener, que arruina todo lo que amamos. (Silencio). ¿Vos me amas?

Alejandro — Sí, mucho.

Bárbara — ¿Vos me vas a arruinar?

Alejandro — No, mi amor.

Bárbara — ¿Y si lo hacés sin darte cuenta?

Alejandro — Haceme dar cuenta vos.

Bárbara — Bueno. Voy tratar. (Piensa). Mi amor.

Alejandro — ¿Qué?

Bárbara — Yo te amo, pero mucho, mucho en serio...

Alejandro — Ya sé.

Bárbara — ... y no te quiero arruinar.

Alejandro — Bueno, no va a pasar nada

Bárbara — Voy a tomar agua. (Silencio). ¿Querés?

Alejandro — No, gracias. (Ella se levanta y va a la cocina a tomar agua. Se sienta en la mesa de la cocina. Tararea una

canción. La canción se mantiene. Ella vuelve a la cama. Se acuesta, se tapa y se acurruca contra él).

Alejandro —¿Ya tomaste?

Bárbara —Sí, estaba rica.

Alejandro —Porque es potable

Bárbara — (Se ríe, lo besa). ¿Hasta cuándo funcionará nuestro amor?

Alejandro —No sé. ¿Hasta cuándo quieres que funcione?

Bárbara —Me gustaría decirte que para siempre...

Alejandro —Y decilo. Yo no tengo intenciones de dejar de amarte. ¿Vos sí?

Bárbara —A veces tengo mucho miedo, y me siento muy sola; y por más que estés conmigo, siento que nada funciona.

Alejandro —¿Vendremos arruinados de nacimiento?

Bárbara —Puede ser, a veces creo que sí. Pero cuando me besás, y estoy entre tus brazos, siento que soy perfecta, que no puedo arruinar nada, que todo funciona... Funciona tu corazón, funcionan tus ojos y siento que voy a explotar de amor.

Alejandro —(La besa). ¿Qué hago para sacarte el miedo?

Bárbara —Nada, no se puede hacer nada. Digas lo que digas, lo vas a arruinar igual.

Alejandro —Perdoname.

Bárbara —No sos vos.

Alejandro —Quiero pensar que sí.

Bárbara —No pienses eso, todos somos así. Nunca funcionan las cosas.

Alejandro —Quiero pensar que es culpa mía, así creo que lo puedo solucionar.

Bárbara — (Ríe). Pero después te vas a frustrar cuando no funcione.

Alejandro —Mirame, mi amor. (Lo mira) Daría mi vida porque todo funcione, pero es tan difícil que...

Bárbara — (Lo abraza). Basta, perdoname.

Alejandro —Quisiera tener respuestas a todas tus preguntas.

Bárbara —No hace falta.

Alejandro —Sólo te puedo ofrecer esto: Estar con vos y cuidarte, y prometerte que todo va a salir bien, aunque después, sea todo “una mierda”.

Bárbara —No es una mierda.

Alejandro —Pero no funciona. (Se miren. Ella ríe). Te amo

Bárbara —¿Y si a partir de mañana funciona?

Alejandro —No creo. Pero tampoco nos vamos a decepcionar demasiado.

Bárbara —Te amo.

Alejandro —Hasta mañana.

¿Qué es un Montesco?  
(Adaptación blasfema, para cuatro actrices, de “La tragedia de  
Romeo y Julieta” de William Shakespeare)

“Tu nombre es mi enemigo, debo cambiarlo”

(Julieta Inocencia está con un tierno pijama de invierno, entre almohadones y un oso de peluche muy grande. Está escribiendo en una hoja, y tiene un tazón de café con leche. Empieza a hablar sola, como jugando con el nombre):

Inocencia —Romeo. Ro... meo. Rommmmeo. (Juega a decir el nombre de diferentes formas tratando de desarticularlo, para darse cuenta de que tan sólo es una palabra; mientras escribe el nombre muchas veces en el papel). Rrrromeooo. Ro-me-o. ¿Por qué? ¿Por qué te llamarás Romeo? (Como dándole una orden al oso). ¡Exijo, en este mismo momento, que te dejes de llamar Romeo! Sí, ya se. Me vas a decir que, seguramente, te pusieron Romeo, por un abuelo, por un famoso, o por un tataratío. Eso a mí no me importa. (Simulando que el oso se ofende). Bueno, mirá, si es tanto problema hagamos una cosa: vos jurame así... (Levanta la mano como jurando) ...amor eterno, y yo dejo de ser Capuleto en un periquete. (Chasquea los dedos). ¿Te parece mejor? Bueno, después de todo, solamente “tu nombre” es mi enemigo, no vos. Con vos está todo bien, vos sos tuyo. Por qué, pensándolo bien... ¿Qué es un Montesco? ¿Qué es? ¿Un pie? ¿Una rodilla? ¿Una cara? ¿La corbata? ¿Por qué no te podés apellidar González? ¿O Gutiérrez? ¿O Pérez? ¡No, tenías que apellidarte Montesco! Pero... ¿Será posible? ¿Qué es lo que hay en un nombre? (Agarrando un almohadón). Esto, que todos llamamos almohadón, si tuviese otro nombre, sería igual de mullido y reconfortable. ¿Entonces? Romeo, al perder su nombre, igual seguiría teniendo toda esa preciosura, que me enamora y encandila. (Al oso de nuevo). Muy bien, entonces quedemos en esto: (agarrando y destrozando el papel en donde escribió los nombres). Vos te dejás de llamar Romeo, ya que

como te explique, ese nombre no es nada de lo que vos sos, y a cambi6 yo te doy todo lo mío. (Lo mira fijo a los ojos al oso).  
¿Quedamos así? Mirá que te tomo la palabra... (Como si el oso le hubiese dicho que sí). Perfecto. De ahora en más te doy tu segundo bautismo. (Mete los dedos en el café con leche y lo moja). Listo. De ahora en adelante no serás más Romeo. Asunto arreglado. A otra cosa. (Se coloca como al principio. Comienza a intentar escribir en el papel de vuelta. Se da cuenta que no tiene un nombre que escribir ahora). Y ahora... ¿Cómo te llamo? (Apag6n).

“Un pajarito con una piola atada a la patita”

(Desde el balcón hablando a la luna como si fuese Romeo)

Julietta Obsesiva —Te amo. Te amo tanto, tanto, tanto. Si no fuese ya de noche, se me podrían ver las mejillas todas ruborizadas. Quisiera guardar un poco más las apariencias, pero..., vos ya sabés bien lo que siento. (Inquieta). Y vos... ¿Qué sentís por mí? ¿Me amás? (Espera dos segundos y después se adelanta). Sí, ya sé que vas a decir que sí. Y vos sabés que yo voy a creer en tu palabra. Pero no me digas que sí, si después no vas a ser fiel, ni honrado. Te juro que, si me das tu amor, no voy a actuar como una histérica; no voy a mostrarme cruel, ni desinteresada. Admito que quizá tendría que haber sido más reservada; pero no pude reprimir mi confesión de amor. Espero que no me tildes de ligera. Tan sólo, si no es mucho pedir, te pido que me jures amor eterno. ¿Sí? (Como respondiéndole a Romeo. Se empieza a tornar un poco obsesiva). No, no jures por la luna, no hay nada más cambiante que la luna. No vaya a ser que después, me vengas con una ciclotimia amorosa: un día pasión llena, al otro medio enamorado, después, en cuarto menguante... ¡No, por la luna no! Por lo que vos quieras, pero por la luna no. ¿Estamos? (Pensando). A ver... si querés jurar por algo... hacelo... (Pensando)... por vos. Después de todo, sos el único dios al que idolatro. (Le tira besitos por el aire). Te amo tanto, tanto, tanto. Igual, pensándolo bien, no hace falta que jures esta noche. Digamos que... tampoco hace falta que sellemos compromiso “ya”. Es probable que sea demasiado apresurado. Ya veo que nuestro amor termina siendo tan breve como patada de puerco. (Mirándolo enamorada. Como educándolo). Bueno, basta por hoy. Ahora solo di “Adiós y buenas noches”, que seguramente, este amor que hoy es de

“ganas de una noche”, quizá mañana sea de “ganas de para toda la vida”. ¿Sí? (Lo saluda para retirarse). Buenas noches. (Ve que no se va). ¿Qué es lo que pasa, amor mío? ¿Por qué no te vas? (Cree que él espera algo más). Esta noche no puedo darte nada más de lo que ya te di. (Media ofendida). ¿Qué te di? Te di mi amor... (Aclarando justificadamente) ...y sin que me lo pidas. (Maligna). Sin embargo, ahora me gustaría sacartelo de manera egoísta, para poder mostrarme generosa mañana, cuando te lo vuelva a dar. Así que no pidas más nada. (Besito apresurados por el aire) Buenas noches. Hasta mañana. (Comienza a irse, pero se acuerda de algo y vuelve. Cada vez más obsesiva). ¿Seguís ahí? Genial. Bueno, solamente quería decirte una cosita más: Si tu amor es realmente honrado, y querés casarte conmigo, hacemelo saber mañana. Traeme todo anotado: el lugar, la hora del casamiento, la dirección de la modista... Entonces pondré, todo lo que soy y lo que tengo, a tus pies; y así te seguiré por todo el universo. (Comienza a amanecer. Ella observa). Ya casi es de día. Quisiera que no te puedas ir más lejos de lo que puede irse un pajarito con una piola atada a la patita. A veces, el amor es el peor enemigo de la libertad del prisionero enamorado... ¿no? Si vos fueses mi pajarito, te mataría de tanto acariciarte las plumitas, caricia tras caricia, hasta la muerte... Adiós amado mío; despedirse es un dolor tan dulce que podría quedarme hasta que me den ganas de desayunar. Pero bueno...adiós. Hasta mañana Romeo.

“Lo que urge a mi piel”

(Una cama y sus sabanas. Mirando por la ventana un rato).

Julietta Libido —(Canta): “Febo baja, ya tus brazos...”. Siento que está brillando de más a propósito. ¿No te parece que por hoy ya iluminaste demasiado? (El sol sigue presente). Uf... Fogoso delator. (Yendo hacia la cama). Que venga de una vez por todas la noche. (Extendiendo la sabana sobre su cabeza). ¡Extiende tu manto de estrellas sobre mi cabeza de una vez! Así mi Romeo podrá llegar, sin ser visto por la chusma... hasta mis deseosos brazos, hasta mis deseosas piernas. Voy a comulgar con su cuerpo, voy a morder su carne con devoción satánica. No puedo esperar más. Con cada minuto que pasa, convive la horrorosa posibilidad, de que una de mis fantasías supere al poder de la hombría de mi Romeo. Tengo que dejar de pensar en su cuerpo. Esta noche serán complacidos todos mis alados deseos. (Mirando hacia la ventana). Sabiendo que el amor es ciego, podríamos decir que no hay nada mejor que la noche para practicarlo. Amor ciego, amor de múltiples manos y brazos. (Invocándola. Simulando Inocencia). Noche, amiga mía, te pido que hoy me enseñes a perder, ganando esta partida. (Acostándose en la cama). Hoy, sobre esta cama, se enfrentarán dos virginidades. Te pido que cubras con tu manto el pudor de mis mejillas, así, entrando de a poco en confianza, pueda ver, en “el acto de amor verdadero”, al feliz y jugoso fusilamiento de mi castidad. Que aparezca la noche, que desaparezca el sol y aparezca Romeo. Romeo, que es el día en la noche. Así vendrá flotando como un copo de algodón, como un blanco potro galopando hasta mi cama. Noche, te pido que me entregues a mi Romeo; después cuando él muera, será tuyo, será tu amante. Cuando Romeo muera podrás dividirlo en miles de estrellas. Mi

amado embellecerá el cielo, de tal modo, que la gente comenzará a vivir de noche; la gente vivirá danzando enamorada, besando apasionada, girando enardecida, mordiendo inflamada... (Agarrándose de las sabanas. Ya con ganas de sexo). Este será mi albergue de amor, y hoy será su inauguración. Soy esclava de un dueño, pero todavía no soy suya. (Para perder la excitación un poco. Va hacia la ventana). Y este sol que blasfema lo que urge a mi piel..., no se va. Esta tarde parece una eterna víspera. (Se va a acostar de vuelta un tanto encendida. Empieza a nombrarlo para imaginárselo). Romeo, Romeo... (El sol comienza a irse. Ella mira hacia la ventana y sonríe).

“Recién vuelta a la vida, entre esos vapores infectos”

(Julieta paranoia. Está en un rincón bebiendo licor de menta directo de la botella. Esta vestida muy provocativa pero desalineada. Como vuelta de sábado a la noche)

Julieta Paranoia —No puedo llamar a nadie. Es importante que sólo yo presencie esta escena. (Llevándose el licor a la boca y le da un trago). Si este licor no me hace ningún efecto, voy a tener que casarme con ese “París...Páris”, o como mierda se pronuncie. Con sólo pensar en mi juvenil cuerpo en la cama junto a él... (Nausea de borrachera) ...se me revuelven las tripas. Noble obeso desagradable. No le llega ni a los tendones a mi adorado Romeo. Pero eso no va a pasar, no me voy a casar con ese Páris. (Mirando la botella). No, yo sé que esto lo va a impedir. Este licor me pondrá en el largo y ansiado sueño. Y así dormida lo esperaré a él. (Bebe constantemente). ¿Y si despierto del sueño adentro de la tumba? ¿Y si despierto antes de que llegue a liberarme mi Romeo? Me sofocaría esa bóveda inmunda por donde nunca pasa el aire puro. Me moriría de vuelta, antes de que llegue mi adorado Romeo. Pero... ¿Y si corriera un poco de aire? No sé qué sería peor. Si sigo viva, voy a tener que presenciar la imagen de la muerte, y de la noche, en ese lugar hediondo y subterráneo, lleno de catacumbas, de los huesos de mis ancestros, del pavor de las mortajas podridas, donde cada noche se juntan los espectros a aullar como dementes... Esa imagen de la muerte y de la noche llegaría a enloquecerme. Y yo, recién vuelta a la vida, entre esos vapores infectos, entre esos alaridos que les quitan la razón a los hombres... ¿Me volveré loca? ¿No podría yo, loca, ponerme a jugar con los restos de mis antepasados? ¡Arrancar las mortajas a mis queridos tíos y bisabuelos, y en frenesí demente, con un

hueso de mi querido primo Teobaldo, cual, si fuese un garrote, destrozar mi perturbado cerebro! Machacarme y machacarme hasta que no quede nada, ningún recuerdo de mi amado Romeo. Aunque quizá, actuando así, obre de peor modo... ya que habrá grises migajas de Romeo desparramadas por todo el piso del panteón, millones de pequeños Romeos, miles y millones de estrellas muertas apuntándome con sus punzantes dedos; millones de cuervos negros repitiéndome “Nunca más, Nunca más”. Y yo, ahí, aún viva, apenas consciente, babeando sobre las tumbas de mis antepasados, inerte... (De repente). No, basta, basta de desvaríos. Sólo sé que voy a encontrar lo que busco dentro de esta botella. (Vuelve a beber y se va quedando dormida). Romeo. Rommmmmmeo. Ro – meo. (Apagón).

“¿Y me desperté para esto?”

(Aparecen las cuatro Julietas. Despiertan juntas todas en foro. En el centro de proscenio hay un muñeco tirado: Romeo. Ninguna tiene consciencia de la presencia de la otra. Como si las cuatro hubiesen escuchado, se van despertando y acercando, mientras hablan, hasta Romeo. Hasta formar un semi-círculo a su alrededor).

Inocencia —¿Veneno?

Obsesión —¿Dijiste veneno?

Libido —¿Me escuchás, mi amor?

Paranoia —¿Qué hacés tirado ahí?

Obsesión —¿Qué es lo que estás diciendo? (Ya están las cuatro ubicadas).

Inocencia —Tu voz temblorosa...

Obsesión —...tus labios están demasiado blancos...

Libido —...tu mirada está perdida...

Paranoia —... en tu cara veo... a la muerte.

Libido —¿Pero es que el destino se burla de nosotros?

Paranoia —¿Te trajo hasta acá solamente para que puedas despedirte?

Las cuatro a la vez —(Mirando hacia el cielo). ¿Y me desperté para esto?

Inocencia — (Tomándole la cabeza a Romeo). Te pido que luches, que mi amor expulse de tus venas al veneno fatal.

Obsesión —¿Me estás oyendo mi amor? (Libido comienza a golpearle en el corazón).

Libido —Tu corazón está crujiendo...

Paranoia —... se está rompiendo.

Inocencia —Se te parte el corazón. (Ven que murió).

Libido —Ya está muerto.

Obsesión —No voy a abandonar a mi amado.

Inocencia —(Mirando a Romeo). Quiero besarte los labios. (Lo besa).

Obsesión —¿Tendrás un poco de veneno en ellos todavía?  
(Suena música para el ritual. Todas sacan un cuchillo).

Inocencia —Querido puñal...

Obsesión — ...yo soy tu amada...

Libido —...tu vaina...

Paranoia —...tu lugar donde descansar

Inocencia —...dejame morir. (Se clava el cuchillo en el pecho dando un grito. A partir del grito, las otras tres Julietas la perciben a Inocencia. La miran, las tres con el cuchillo en alto. De apoco bajan el cuchillo a un lado mientras Inocencia cae sobre Romeo muerta. Se van parando de a poco y se retiran con gestos de “yo no he visto nada”. Cenital sobre los muertos. Música acorde con las circunstancias. Apagón)